

¿puede
uno
sentirse
libre
en el
matrimonio?



SOLO UN CAMINO:

LA COMPRENSION

CENTENARES de hombres y mujeres han dicho y escrito a través de los siglos que el amor es un estado de esclavitud. Aunque sea dulce y agradable. La poesía, la novela, el teatro se desbordan de enamorados que languidecen

abrumados por «lazos, cadenas, ligaduras, vínculos» de amor.

De hecho, un concepto especialmente romántico del amor parece establecer que a la persona ama se deba dedicar de modo exclusivo el presente y el futuro, sin reserva de

la mínima libertad, no solo de acción, sino de pensamiento. Muchos creen que los prometidos o los esposos no pueden vivir en absoluto un poco de tiempo libres, cultivar amistades, hacer un breve viaje lejos uno del otro.

SIGUE



«Siempre juntos» es la frase de estas personas de carácter demasiado posesivo y, en el fondo, egoísta. Por ejemplo, se sentirían ofendidas, como por un grave insulto, si la mujer o el hombre que aman se atreviese a decir que desea quedarse un poco a solas.

A todos nosotros nos ha sucedido tener un amigo, un compañero de estudios, uno de esos estudiantes muy alegres, que de improviso ha dejado de frecuentar a los amigos, casi evitándolos, como si se avergonzase de pararse con ellos y charlar un poco; después se ha hecho huraño y taciturno hasta en familia, con los padres. Y todo, ¿por qué? Porque se ha enamorado de una muchacha celosa que le ha prohibido muchas cosas: «No debes ver a esos amigos; me son antipáticos, te van a convencer de ir con otra. Tú debes pasar el tiempo libre solo conmigo».

Raramente cambian estos tipos de mujer una vez que se casan; intensifican la vigilancia, los interrogatorios: «¿Dónde has estado? ¿A quién has visto? ¿Por qué llegas tarde?», etc., etc.

Otro caso bastante frecuente es el de las mujeres que trabajan fuera de casa y, naturalmente, se muestran cordiales y sociables con los compañeros. Pero de pronto se produce en ellas un cambio inexplicable. Toman una actitud de despego, responden con monosílabos, pasan del «tú» amistoso al «usted» convencional y rígido. Pobre del incauto colega que se permita saludarla por la calle. Sería como ofenderla. Su frialdad se hace glacial, hasta perder todo rastro de cortesía; huye del trabajo o de las relaciones sociales, tan importantes en el día de hoy. Pero en el origen de todo esto se encuentra un solo motivo: la muchacha es novia o se ha casado con un hombre que le ha declarado en términos categóricos: «Yo, o los otros. Sé muy bien que eres una joven seria, que no darás nunca excesivas confianzas a un hombre, amigo o compañero de trabajo. Pero ahora ya no eres libre como antes. Debes pensar solo en mí y olvidar todo lo demás, incluido amistades. El tiempo libre lo pasaremos juntos, nosotros dos solos. Y como nos queremos, sería absurdo que tú desearas la compañía de otras personas.»

En estos casos y en otros parecidos, uno de los dos enamorados, el más exclusivista, logra imponer su propia voluntad al otro, que tiene un carácter más débil. Y no contento con esto, frecuentemente se divierte en tiranizar y en hacerle un auténtico prisione-

ro. Pero el juego se hace peligroso; se arriesga a perder más que lo que se gana, porque el prisionero, tarde o temprano, se rebela.

Una amiga me ha confesado haber hecho infeliz al marido, durante cierto tiempo, precisamente porque quería tomarle cuentas de todas las horas que el hombre pasaba lejos de ella. Lo impedía salir, aunque fuese de vez en cuando con los amigos, y si él la desobedecía, rompía en lágrimas y esperaba su retorno para hacerle una escena a base de «tú nunca me has querido; si me quisieras, no tendrías ganas de salir; cuando éramos novios no me dejabas sola un momento; qué desgraciada soy.»

Un día el hombre, cansado de estos disgustos, no le prestó más atención y comenzó a ausentarse de casa con una regularidad como para preocupar: no una noche a la semana, sino todas las noches.

La mujer, desesperada, pidió consejo a una amiga más lista y comprensiva que ella. Esta conversación la ayudó a cambiar de actitud; en vez de regañar al marido cada vez que no aparecía para comer o cuando salía después de cenar, se limitó a poner buena cara. Se abstuvo de preguntarle dónde había estado y con quién; no le hizo más escenas; le animó a traer a comer algún amigo; buscó la forma de hacerle acogedora la casa. Sobre todo, se mostró la más serena y sonriente posible.

En los primeros tiempos las cosas no cambiaron mucho. Luego, sin embargo, el hombre se dio cuenta de que estaba a gusto en familia y cada vez deseó menos alejarse. Distanció las salidas nocturnas; dejó de mentir a la mujer, a la que siempre había hablado de asuntos inexistentes y tener una excusa para irse.

La atmósfera de tensión que había en aquella casa mejoró. Por fin el hombre —al darse cuenta de que las puertas de su «prisión» se estaban abriendo— vio que era inútil evadirse. Y la mujer comprendió que su sacrificio (porque callar es el mayor sacrificio que se puede pedir a una mujer) no había sido inútil.

Quando el hombre quiere ser libre

Sin llegar a esta situación familiar más bien difícil, vamos a examinar un caso más común que nos ha sido consultado por diversas personas: el del marido que quiere ser libre para pasar algunas noches y los domingos con los amigos, no porque se encuentre mal en casa o cansado de la mujer y quiera rebelarse, sino simplemente porque le parece lo más natural del mundo que un hombre vaya a distraerse después de la jornada de trabajo.

La mujer, sin embargo, no lo piensa así. A veces se lamenta, a veces sufre en silencio; en ambos casos se siente desgraciada.

Las razones de él son casi siempre estas: «No me gusta sentirme controlado. Lo he estado toda mi vida: primero, en la escuela; después, en el cuartel; después, en el trabajo. Siempre hay alguien que me obliga a emplear mi tiempo como le gusta a los otros, no como me gusta a mí. Y ahora que me he casado, ¿también en casa me han de vigilar? No puedo salir sin mi mujer; si lo hago, pone cara de víctima. Es una verdadera obsesión.»

Muchos maridos dicen también: «Llego a casa cansado, y ella comienza a contarme que el niño ha sacado cuatro en Gramática,

que la doméstica ha roto los platos, que hay cuentas que pagar. ¿No saben hablar de otra cosa las mujeres? ¿Por qué no comprenden que tenemos necesidad de reposo, de tranquilizar los nervios? Si intento explicárselo a mi mujer, dice que soy un egoísta, que está harta de tener que pensar en todo, que debo también yo preocuparme de los problemas de casa, porque soy el jefe. Y para no oírle gruñir más, me marché a la calle.»

Pero también las razones de la mujer son válidas: «Estas cosas, ¿cuándo se las digo? Por la mañana se levanta con prisas, desayuna, se va a la oficina. Al mediodía está ya cansado, quiere comer en paz, leer el periódico, escuchar la radio y volver al trabajo. Por la tarde tiene los nervios en tensión y hasta dolor de cabeza. Quiere encontrar todo a punto, perfecto, bien organizado, como si la casa fuese un hotel y yo debiese recibirle con sonrisas, maquillada, vestido último modelo, etc. En cambio, yo he trabajado todo el día, he tenido que resolver cien asuntos, cien preocupaciones. También yo estoy cansada, también yo tengo ganas de descansar y de distraerme, de cenar fuera, de ir al cine. Pero él ni siquiera lo piensa. Da algunos telefonazos, mira distraídamente la televisión, cena rápido, y ya está dispuesto para salir. Un beso a los niños, un adiós a mí. Y tras una jornada sola, en espera de que llegue la noche para poder estar por fin juntos, me quedo nuevamente sola.»

Está el domingo, es verdad. Pero ¿cuántos maridos, en vez de dedicar este día a la familia, se van al fútbol, a hacer una excursión en coche con los amigos o algo parecido? Son muchos, confesémoslo.

Lo que es peor, caerían de las nubes si la mujer les dijese: «Pues vete, querido. También yo iré a dar un paseo por los alrededores; llevaré a los niños con la abuela y esta noche iré al cine o al teatro con alguna amiga.» Se echarían a reír si ella dijese: «¿Vas al partido? Bueno, yo voy también.»

Una cuestión de equilibrio

Naturalmente, balancear las exigencias de los dos cónyuges, sus derechos y deberes, es una cuestión de equilibrio. Resignarse a hacer el prisionero y la víctima es un error; pero es equivocado también no ceder nunca.

Es preciso hacer alguna concesión recíproca, pues de otra forma se es egoísta.

¿Es mejor callarse, entonces? No siempre; es mejor esperar el momento apropiado. Cuando el marido está tranquilo y sereno, se le exponen las propias razones sin alzar la voz, sin recriminaciones, pero con firmeza y dignidad. De este modo se podrá encontrar un arreglo satisfactorio para los dos: ¿quiere salir con los amigos algunas noches? Bien, ella le dejará salir, a cambio de que cualquier tarde le deje ir a ella con una amiga al cine, o mejor aún, que sea él mismo quien la acompañe para dar lugar a que se distraiga un poco. Se puede tener la seguridad que el marido (antes que dejar a la mujer libre de disponer de su tiempo) escogerá la última solución: esto es, pasará algunas noches a su lado.

El mismo razonamiento debe hacerse el domingo. Algunas veces él se quedará en casa o, mejor, acompañará a la mujer y a los niños. Otras veces, si quiere, saldrá solo.

Lo importante es que la mujer no se sienta reducida al papel de nodriza-sirvienta-institutriz-asistente, al servicio de un hombre

que se cree dueño de relegarla en casa sin ofrecerle jamás un descanso o unas vacaciones.

Tener niños pequeños y no saber con quién dejarlos no es una excusa aceptable para esos maridos que dicen: «No puedo salir con mi mujer, porque el niño no se puede quedar solo en casa.»

Naturalmente, dejar a los niños solos en la casa es una idea que ni pasa por la cabeza de una madre con buen sentido; pero la cuestión no se plantea como si no existieran otras soluciones. A veces, las abuelas, las tías, los parientes que se prestarían con gusto a cuidar de los niños, son mantenidos lejos de los dos esposos, que temen sus ingerencias; bastaría, por tanto, ser más comprensivos y recurrir a su ayuda.

En fin, si los cónyuges no quieren confiar el niño a nadie, ni a la sirvienta de confianza, ¿por qué no invitan a los amigos a su casa? Los niños, especialmente cuando son pequeños, se duermen pronto. Si papá y mamá temen que las voces de los invitados despierten al pequeño, pueden al menos pasar la noche juntos, los dos solos, como en los primeros tiempos del matrimonio, y si no tienen necesidad de hablar, pueden leer un libro, escuchar música, mirar la televisión. Si no están dispuestos a pasar noches tan monótonas, si temen aburrirse, si no saben qué decir o hacer para pasar el tiempo, esto quiere decir que ha llegado una crisis, incluso aunque no quieran admitirlo. Y esta crisis, que inicialmente puede no advertirse, se cura a tiempo con la buena voluntad de ambos.

Lo más importante es dar a la libertad su justo significado: esto es, en el caso de un marido, ser libre quiere decir que se sabe que se puede escoger entre estar en casa o salir, quedarse con la mujer o ir con los amigos. No quiere decir liberarse del peso de obligaciones, llevar una vida completamente independiente, desvinculada de la mujer.

El tiempo uno, no divide

El matrimonio es para vivir juntos, no para comportarse como extraños. Las pasiones, los entusiasmos iniciales pueden, es cierto, transformarse en un sentimiento más tranquilo, más equilibrado. Con el paso de los años, el amor crea un clima de recíproca comprensión, una especie de amistad; pero esto no divide a los esposos, sino que los une más. Y los amigos se sienten bien juntos. Tienen siempre algún proyecto en común, algo que decirse. Se preocupan uno por el otro y se ocupan uno del otro. Este altruismo desaparece si uno, o los dos, desea encontrar una libertad ilimitada; no razonable, sino rebelde.

Hay hombres y mujeres que ponen en peligro su matrimonio, precisamente porque —en nombre de una mal entendida libertad— se creen con derecho a frecuentar amigos que no gustan a su mujer, o marido; no decir dónde van; concederse viajes y excursiones sin pedir el parecer de la familia, sin prevenir.

A largo plazo, la armonía y solidez del matrimonio se resquebrajan; en el peor de los casos, se disgregan. Aparte las consideraciones de orden moral o religioso, también los psicólogos reconocen que un exceso de libertad o una falta total de libertad están entre las causas principales de la separación de las parejas.

En el primer caso, el hombre o mujer que quieran vivir del todo independientes, se arriesga a no adquirir nunca la madurez y el sentido de responsabilidad indispensables para formar una familia y educar a los hijos. Al mismo tiempo, la mujer, o el marido, pierde la fe en su cónyuge, siente que no puede confiar en su ayuda y comprensión, porque cuando tiene necesidad de él inevitablemente está ausente.

En el segundo caso (cuando uno de los dos cónyuges obliga al otro a quedar encerrado entre los muros domésticos), la persona que se siente prisionera se hace nerviosa, irritable o deprimida; sueña con imposibles evasiones y, si se presenta ocasión, puede cometer errores irremediables, solo por el deseo de vengarse. En el mismo tiempo el otro cónyuge —el tirano— se da cuenta de que crea en su torno una atmósfera cargada de electricidad, tiene el remordimiento de hacer desgraciada a la persona que ama, llega incluso a detestarse; pero no logra cambiar de actitud, y con esto es desgraciado él mismo.

El peligro de una libertad excesiva

Naturalmente, estas situaciones, que nos ha descrito precisamente un psicólogo, representan casos límites.

Pero todas las parejas de esposos corren los mismos riesgos, incluso los más enamorados, si por sentirse libres quieren instaurar en su casa las tres «liberties» de muchos matrimonios norteamericanos: lechos separados, mesas separadas, vacaciones separadas.

A primera vista, efectivamente, puede parecer que pasar un período del año separados —ella en la montaña y él en la playa, o viceversa— será saludable para ambos esposos. En teoría, pueden descansar mejor, saborear la famosa libertad (esto es, no dar cuenta a nadie de sus actos) y volver a encontrarse con mayor entusiasmo tras las vacaciones.

En la práctica, sin embargo, las vacaciones estivales son el único período del año en que marido y mujer pueden estar juntos todo el día, y recrear un clima, si no de idilio, al menos de comprensión afectuosa; reencontrarse, hacerse amigos si la influencia de los problemas domésticos les ha hecho chocar algunas veces y han tenido la impresión, tan desagradable, de ser dos extraños.

Descansar y divertirse juntos; tener tiempo de cuidar el aspecto y el vestuario; mostrarse uno al otro en la forma mejor (y no cansados, nerviosos, por culpa de los mil asuntos del trabajo), ¿por qué renunciar voluntariamente a todo esto?

Los sentimientos, aunque enfriados, pueden hacerse más intensos en el clima favorable de las vacaciones, cuando uno se siente más joven, optimista, bien dispuesto hacia el prójimo. Además, no se debe olvidar que —quizá como consecuencia de este estado de ánimo un poco eufórico— un marido o una mujer que se encuentren veraneando solos, pueden ser invitados a ceder a peligrosas tentaciones. También en vacaciones es mejor estar juntos.

¿Y si ella ama el mar y él la montaña?

No es difícil conciliar las exigencias de ambos; con un pequeño sacrificio de una parte y otra se pueden pasar unos días en una playa y otros en la montaña. Si razones especiales (por ejemplo, de salud) impiden a uno estar donde quisiera el otro, es lógico que la renuncia venga del que no sufrirá ningún daño. Por ejemplo, si una mujer un poco agotada necesita un clima montañoso, el marido se resignará a acompañarla, aunque adore las zambullidas y las escolleras, en atención a su salud. En el fondo, se trata de renunciar a sacrificios temporales; el año próximo probablemente la situación será distinta.

Es absurdo que un marido impida a su mujer pasar una semana en el campo en casa de su madre o como invitada de una amiga, cuando ella desea concederse estas vacaciones y él no puede acompañarla.

También es absurdo que un hombre obligue a la mujer y a los hijos a quedarse en la ciudad durante el verano (aunque tendrían la posibilidad de ir de veraneo), solamente porque «no se fía» de dejarlos libres en el mar o en la montaña sin él.

Otro aspecto contraproducente es el de ciertas mujeres que a propósito permanecen en la ciudad, junto al marido, no tanto para hacerles compañía, como porque temen que en verano él se ponga a tontear con todas las chicas que encuentre, porque «la mujer está de vacaciones». Todos estos errores se deben evitar.

Las prisiones, como las imposiciones, no han cambiado las ideologías ni la mentalidad de los hombres. También la religión, que incita a los individuos hacia el bien y les invita a distanciarse del mal, no impone seguir un camino más que otro, sino, en virtud del libre albedrío, les deja libres para escoger.

También en amor, conceder y concederse la libertad, significa, sobre todo, tener y dar una posibilidad de elección. Dejar a un marido y a una mujer libres para elegir entre las diversas soluciones de establecer programas, de tomar decisiones, es, por tanto, una prueba de concederles confianza sin reservas. Esto, en el fondo, es una prueba de amor.

Este marido y esta mujer, desde su punto de vista, se sentirán merecedores de amor y confianza; de merecerse también la libertad, que debe ser vivida con un sentido de la responsabilidad y con equilibrio; sin excederse, sin aprovecharse.

Dejar libre a un hombre, esto es, no sofo-car su personalidad, significa también obtener su gratitud («Mi mujer me comprende; es distinta de las otras») y la estima de sus parientes, de sus amigos («Pepe tiene suerte; su mujer no es un tipo quisquilloso, le deja ser el jefe de la casa, y si todas fueran como ella, de seguro que muchos matrimonios no serían como cárceles.»)

En definitiva, frecuentemente es por culpa de las mujeres por lo que un hombre se siente «prisionero» en su propia casa, esclavo de la propia familia, y cede de menos una utópica libertad.

Y depende casi siempre de las mujeres, si los maridos —que han elegido libremente casarse— se sienten felices de su elección.